LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VI — BARCELONA 4 DE JULIO DE 1887 — NUM. 288

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

TEXTO. —*Nuestros grabados.*—*Nuestro arte moderno*, por don Pedro de Madrazo.—*Favores á rédito*, por don A. Sánchez Pérez.—*La hija de la viuda*, por don Francisco Fernández y González.—*Los sueldos mágicos.*

GRABADOS. – *Biombo pintado por Fernando Wagner.*—*Estudio*, de Sterby.—*La nueva fachada de la catedral de Florencia.*—*Escena de familia*, cuadro de Hugo Engl.—*Flores de estío*, cuadro de Ch. Chaplin. – *Los merodeadores*, croquis de Adolfo Binet. – *Las estatuas de David y Jeremías*, por Donatello.—*Recreaciones científicas* (véase la pág. 232).

NUESTROS GRABADOS

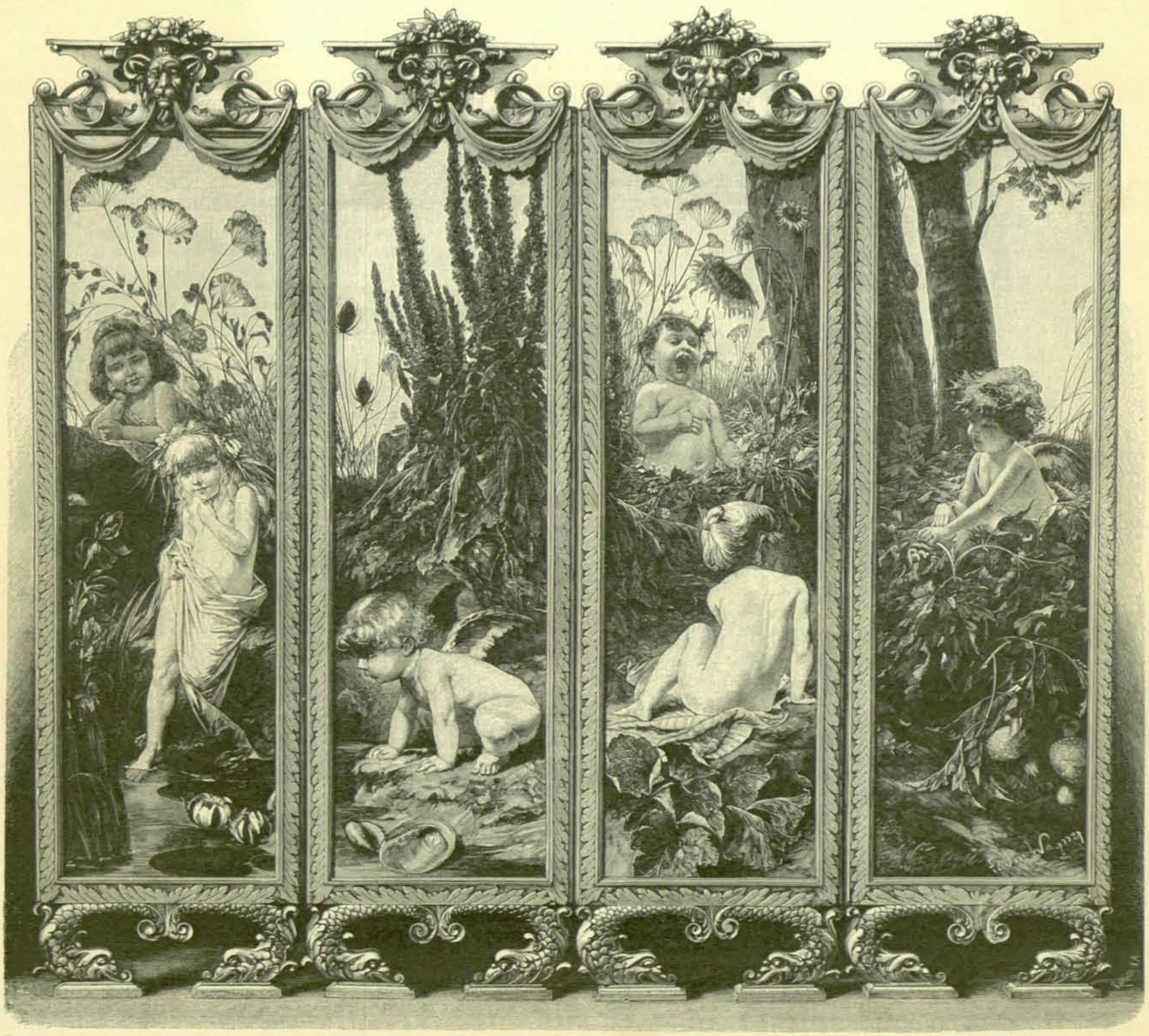
BIOMBO PINTADO POR FERNANDO WAGNER

Es el biombo un mueble que los pueblos del mediodía van relegando al olvido por la escasa utilidad que les reporta. En cambio los habitantes del Norte hacen de él grande uso, y á esto se debe que en su confección éntre por mucho el perfecto acuerdo del arte y de la industria. En Alemania, donde se da mucha más importancia que entre nosotros á la pintura decorativa y que desde la Edad media viene dando pruebas de la importancia que concede á este género pictórico, se ha conquistado merecida reputación Fernando Wagner, artista notable por su delicado estilo, ejecución brillante y dominio del color. El biombo por él pintado, que publicamos en este número, es un mueble verdaderamente magnífico al par que una obra de arte primorosa, en la cual ha combinado Wagner de la manera más espontánea los efectos de la naturaleza y los de su rica fantasía.

No faltará quien extrañe que artista de tal importancia emplee su talento en pintar biombos. El que así discurra desconoce la misión de la pintura y echa en olvido, si no lo ha ignorado siempre, que las grandes obras del arte, desde la cúpula de la capilla Sixtina y las galerías del Vaticano, hasta los techos aun no concluídos del palacio Murga, distan mucho de estar vinculadas en esos lienzos encerrados dentro de un marco, á los cuales aplicamos exclusivamente el nombre de cuadros.

ESTUDIO, de Sterby

Si hay obras de arte hechas indudablemente á conciencia, la que reproduce nuestro grabado es muestra de la conciencia de su autor. No puede pedirse á un artista un estudio más minucioso, una observación más fina, una ejecución hecha con mayor cariño. Pero tampoco es posible producir un efecto más completo. Rogamos á nuestros lectores que se fijen en ese rostro con algún espacio, y verán con cuánta facilidad adquiere vida, cómo miran sus ojuelos, cómo se contraen sus labios, cómo se arrugan sus mejillas, cómo todo él adquiere una animación que se escapa á primera vista. Nada en ese estudio es hijo de la casualidad, nada es debido á la osadía del genio.



BIOMBO PINTADO POR FERNANDO WAGNER

Todo, por el contrario, es fruto del trabajo de un maestro que no aplica á la tela un átomo de color sin haber tenido en cuenta el efecto preciso que ha de causar.

LA NUEVA FACHADA DE LA CATEDRAL DE FLORENCIA

En el año 1294, las autoridades florentinas ordenaban al arquitecto Arnoldo, que lo era de la ciudad, trazara los modelos ó planos para la reparación de la iglesia de Santa María Reparata, encargándole desplegara en el proyecto tan pródiga magnificencia, que la industria humana no pudiera fabricar en los tiempos á venir cosa más grande ni más bella. No era poco alarde el alarde de los florentinos. El cabildo de Sevilla, cuando trató de construir su famosa catedral, se había limitado á decir: «Fagamos una iglesia tal que los que vengan después nos tengan por locos.» Pero no había retado al porvenir; no había desafiado al tiempo; no había, como los florentinos del siglo XIII, querido pasar plaza de insuperable. Y el tiempo ha demostrado que nadie, inclusos el Podestá y los Priores de Florencia, puede prescindir de lo futuro: el hombre es un ser muy débil; únicamente la humanidad es fuerte.

La catedral de Florencia, en la cual Brunelleschi, Donatello y Ghiberti compitieron para dejar maravillas, quedó sin concluir durante seis siglos; y al siglo XIX, á nuestro siglo, tan acusado de materialista y falto de sentimiento religioso, ha correspondido la gloria de haber ejecutado la fachada de tan portentosa obra y celebrado su terminación con fiestas dignas de la antigua corte de los Médicis. El grabado que publicamos en el presente número da buena idea de esa fachada, y ella demuestra que el arte en el porvenir podía realizar cosas tan grandes y tan bellas como las iniciadas por los florentinos de 1294.

El plan de la obra fué concebido por el arquitecto Emilio de Fabris y terminado por su discípulo Luis del Moro, habiendo prestado su valioso concurso, generosamente, los famosos escultores modernos Augusto Passaglia, Nicolás Barabino, Héctor Ximénez, Amalia Duprez y otros, que han enriquecido la nueva fachada con estatuas y labores que son prodigios de ejecución. Los cuantiosos fondos que se han invertido en tan espléndida fábrica los facilitó una suscrición pública encabezada por el Sumo Pontífice Pío IX y en la cual figuran desde los miembros de la casa Real hasta los más humildes ciudadanos de Italia. Gracias al general desprendimiento, la ciudad clásica del arte puede envanecerse de poseer una nueva joya.

ESCENA DE FAMILIA, cuadro de Hugo Engl

Los aficionados á la pintura moderna que estudian con cariño sus manifestaciones y tendencias, han de haber observado la predilección que tienen los artistas por los tipos y asuntos que pudiéramos llamar rústicos, con preferencia á los tipos y asuntos de la sociedad aristocrática y aún media. La explicación no es difícil de encontrar y se la dará cualquiera que se fije por un momento en la diversa impresión que causan esos asuntos y esos tipos. Ama el artista la naturaleza sobre todas las cosas y por ende ha de serle mucho más grato aquello que más á la naturaleza se aproxima. Dada esta teoría ciertísima ¿qué efecto han de producir á los ojos del pintor el inexplicable fraque, el ridículo sombrero de copa, el talle desfigurado por un corsé anti-higiénico ó el *puff* que deja sospechar á los incautos que la mujer puede ser el animal peor configurado de la creación?... ¿Cómo arriesgarse un hombre de talento á que los resultados de su trabajo sean neutralizados y hasta destruídos por unos trajes, por unos peinados, por unas desfiguraciones del cuerpo humano, que provocan á risa desde el momento en que pasa la efímera moda?

Engl, que así lo ha comprendido, ha hecho lo que casi todos, refugiarse allí donde la estética está menos supeditada á ridículos artificios, y su cuadro: *Escena de familia*, demuestra cuán gran partido puede sacar un pintor de talento de las escenas más triviales de la vida, siempre que el autor no pierda de vista á la naturaleza.

Hugo Engl nació en Lienz (Tirol), en 1852. Su vocación y felices disposiciones le revelaron en edad temprana cuál era la profesión más adaptada á su temperamento. Discípulo de la Academia de Munich á los 16 años, cuando se sintió bien preparado por el estudio, recorrió, estudiando, durante cuatro años, el Tirol y la Estiria, hasta que en 1879 ingresó en el taller de Defregger. Establecido actualmente en la capital de Baviera, dedícase con predilección á reproducir escenas campesinas, en cuyo género tiene conquistada una legítima y envidiable reputación.

FLORES DE ESTÍO, cuadro de Ch. Chaplin, grabado por Baude

Las flores que esa joven lleva en la cesta, no son más que ella frescas, más que ella hermosas. Há un instante se erguían lozanas en la extremidad de sus tallos; una mano aleve las arrancó de su sitio natural para gozar por breves minutos en la contemplación de sus colores y la aspiración de sus perfumes. Tal es la vida de las flores que pueblan los jardines; pero, ¿no hay mucha analogía entre esta existencia efímera y la existencia de ciertas flores de la sociedad, que apenas pueden envanecerse un día de sus matices y de sus aromas? Tal parece haber sido el profundo pensamiento que ha encarnado Chaplin en esas *Flores de estío* que nuestros favorecedores tienen á la vista. Contemplando á la joven del cuadro, viene espontáneamente á la imaginación el estío de la vida de la mujer, tan próximo al otoño, la estación en que las flores palidecen, se secan y caen de la planta al menor impulso del viento que há poco tiempo las acariciaba.

Chaplin es un gran pintor y un gran filósofo.

LOS MERODEADORES, fragmento de un cuadro de A. Binet

Este croquis es bastante para dar á entender con cuánta maestría imprime Binet á sus figuras la condición de la vida. Hay en su manera de ejecutar algo que recuerda á Horacio Vernet: en los cuadros de la Smala, únicamente, encontraríamos caballos galopando de esta suerte y jinetes que con igual naturalidad exploren lo que dejan en pos de su rápida carrera. Si el resto del cuadro corresponde á la muestra, el de Binet ha de ser un prodigio de movimiento.

LAS ESTATUAS DE DAVID Y JEREMÍAS en el Campanile de Florencia, por Donatello

Hay figuras tan colosales, que, al ser heridas por el sol de la gloria, proyectan su sombra en todo un siglo. El decimoquinto está lleno de la figura de Miguel Angel; para él fueron las ovaciones de sus contemporáneos; para él los grandes monumentos erigidos por su posteridad en la historia del arte. Es un hombre tan colosal que, no tan sólo monopoliza el porvenir, sino que hace olvidar el pasado; y gracias si los amantes del arte clásico hacen valer los derechos que la escultura griega tiene adquiridos á la gratitud y á la admiración de todos los pueblos y de todos los tiempos. El nunca visto tiempo de Miguel Angel hizo olvidar, mató propiamente dicho, á sus predecesores; y únicamente así se explica cómo había sido olvidado hasta no há muchos años el gran precursor del arte escultórico del renacimiento, Donatello, que un siglo antes de producirse el Moisés, había sostenido, sobre sus atlánticos hombros, el peso de la revolución artística que iba á experimentar el mundo.

Al cabo de quinientos años se le ha hecho justicia; pero como dice muy oportunamente un ilustre crítico, es necesario colocarle en pedestal muy alto para desagraviarle de tan prolongada ingratitud. Los dibujos que hoy publicamos, reproduciendo dos estatuas de Donatello, demuestran que si durante el apogeo griego hubo quien diera tal vez más delicada forma al torso humano; ninguno, después de Fidias, animó, como el escultor florentino, la insensible piedra al calor de las humanas pasiones que la hizo representar.

NUESTRO ARTE MODERNO

TEMORES Y ESPERANZAS

(Con motivo de la Exposición de Bellas Artes del año 1887)

LA ESCULTURA Y LA ARQUITECTURA

Dos son los temores que la escultura española nos inspira; y vamos al primero.

Es la escultura un arte que por sus mismas condiciones convencionales no puede plegarse á la funesta moda del *impresionismo*. Un escultor, ó estudia á conciencia, y siente y acusa la forma, ó nada hace. – Pero sí se presta la escultura á cierto realismo que está en contradicción abierta con la primera de sus leyes fundamentales, que es cabalmente la supresión de todo lo accidental, el color, la mirada, la nimia conclusión de los accesorios y, en la estatuaria propiamente dicha, la misma escena en que los personajes actúan. Y el que á este realismo desciende, más que el nombre de estatuario, merece el de *figurero*. Deploraban los más autorizados críticos franceses en los últimos años, que la escultura nacional, siempre tan fiel desde la época de David d'Angers á los cánones de la grande escuela griega, se hubiese dejado arrastrar por la moda á frivolidades ajenas del verdadero arte, imitando á muchos escultores ultramontanos que no parece sino que se proponen rivalizar en maravillas de mano de obra con *los modistos*, y que dan al mármol de Carrara la flexibilidad de la seda, los primores de aguja del bordado y del encaje, y la trasparencia de las gasas y tules. Siempre los italianos tuvieron esta tendencia, desde el gran Leone Leoni que en las estatuas de bronce de los reyes y magnates, no contento con ser un consumado artista, descendía á hacerse espadero y armero, y guarnicionero, y orífice, y diamantista y todo, hasta los cien *artífices* que han convertido el Campo santo de Génova, de severa é imponente necrópolis cristiana, en curiosa galería de figurines de bulto para el estudio de los trajes, galas y dijes de moda. Al presente, en buen hora lo digamos, los prodigios del cincel entre nosotros no se cifran en imitar fruslerías; pero algún leve indicio hay en la actual Exposición de este peligroso contagio, esencialmente italiano; y siempre es temible que se reproduzca esta equivocada manifestación del genio en un país como el nuestro, en que tanto aplauso merecieron siempre las figurillas de barro de Chaves y de Ginés; en que el mismo Ponzano pagó tributo al realismo escultural remedando las habilidades de la encajera, del platero y del diamantista, en el traje y aderezo de la Infanta doña Luisa Carlota, representada en estatua orante en su magnífico enterramiento del Escorial; en un país, en suma, en que para la escultura hay tanto vulgo aun en las altas jerarquías sociales. Me atrevo á indicar el peligro, y el temor que debe inspirar en la patria del naturalismo; pero al propio tiempo, considerando lo propensos que somos á imitar á nuestros vecinos los franceses, aun renegando de ellos, añadiré por vía de consuelo, que Francia se ha inficionado muy poco del mal gusto de la Italia moderna, y que en París va pasando ya de moda ese rebajamiento del arte al nivel de la manufactura. Véase lo que á este propósito escribe Henry Jouin en uno de los más acreditados órganos de buena crítica artística (1): «En medio de semejante profanación de un arte como la escultura, que no admite medianía, sirve de consuelo la repentina desaparición de los italianos que se habían fijado en Francia. Si hemos de juzgar de su número por la Exposición de este año 1887 (habla de la de París), deberemos suponer que han regresado á su país; y no seremos nosotros seguramente los que los volvamos á llamar.»

Otro temor además nos inspira el estado actual de nuestra plástica, y es su desaparición gradual, y no remota, si no viene pronto en su auxilio la arquitectura. Como arte decorativo tendría en tal caso más probabilidades de poder florecer que como arte independiente. En nuestros templos deberían hallar ocupación muchísimos escultores; pero si el indiferentismo religioso aumentara, si nuestra sociedad llegara á hacerse insensible á la destrucción de los grandes monumentos de nuestra edad media cristiana, que por desgracia ha empezado á realizarse, en las altas esferas de la administración pública se reflejaría esta misma indiferencia, y no pudiendo la Iglesia por sí acudir al remedio por falta de recursos, no habría quien llamase á la escultura á reemplazar con otras nuevas las derribadas y mutiladas imágenes de las portadas, de los retablos y de los claustros. De una parte parece que el libro quiera prevalecer contra el edificio religioso; de otra parece como que la idea petrificada aspire á mantenerse indestructible contra los embates de la idea intangible y difusa, y que ni el libro ha de matar al templo, como anunciaba Víctor Hugo, ni el templo ha de acabar con el libro, sino que ambos, el libro y el templo, han de completarse mutuamente en un equilibrio perfecto, en un todo armónico y duradero. Pero entretanto hay hartos motivos para temer y para esperar.

Más debería haber empleo para la escultura en la arquitectura civil; debería ésta, por su propio interés, darle albergue en sus vestíbulos, en sus escalinatas, en sus fachadas, – portadas, balcones, intercolumnios, galerías, hornacinas, frontones, frisos, etc., – en todo lo que reclama el concurso de las estatuas, de las cariátides, de los bajo-relieves para obtener vida, lenguaje y significación: porque la escultura es indispensable, no ya sólo en los grandes edificios, donde su ausencia hace enmudecer y entristecer las más ambiciosas líneas, testigo el actual Palacio de la Exposición que parece una gran fábrica de papel ó de hilados, sino en los pequeños de los hombres de gusto que no se pagan de relieves y molduras de estuco ó de escayola. Bien sé que nuestros indígenas no sobresalieron jamás en la escultura decorativa, que tan admirablemente ejecutaban los Primaticcios, los Philibert Delorme, el Rosso y todos los artistas de la famosa escuela de Fontainebleau, sin contar los infinitos decoradores italianos del siglo de León X que hacían hablar á los mármoles en los edificios monumentales de Florencia, Venecia y Génova; sé que el genio de nuestros escultores antiguos casi nunca tuvo ocasiones de inspirarse más que en la agiología, y que por lo mismo no llegó á sentir la belleza clásica ni á comprender la alegoría antigua, única decoración posible del edificio no religioso. La educación, sin embargo, la escuela, el hábito podrían vencer esta que parecía hasta ahora repugnancia instintiva hacia la belleza y la elegancia, porque ejemplos tenemos en los estudios de nuestros actuales escultores, y aún en las Salas de la presente Exposición, de que esas dos cualidades, – la elegancia y la belleza, – no son patrimonio exclusivo de los artistas italianos, franceses y alemanes.

Todo esto podrá suceder, mas lo cierto es que por ahora nuestra plástica languidece en una atmósfera indeterminada en que forzosamente habrá de atrofiarse por falta de aplicación ó empleo. Desconsuela el considerar que al paso que se han presentado al público certamen cerca de 900 cuadros, las obras de escultura no pasan de 69. Sólo cuarenta y tres escultores han acudido al general llamamiento: 13 catalanes, 11 castellanos, 7 andaluces, 4 gallegos, 3 asturianos, 3 valencianos, 1 vascongado y 1 extranjero. Sus obras son 8 grupos, 20 estatuas, 24 bustos, 8 bajo relieves, 1 jarrón de forma antigua y 9 figurillas ó composiciones de inferior categoría. En Francia las obras de estatuaria expuestas cada año ascienden por término medio á 600. Lo que se dice de la decadencia de las artes en aquel país, en términos generales y comprendiendo á la escultura, es una gran vulgaridad: nunca este arte ha florecido más en país alguno de la Europa moderna. Me comprometo á sostener esta tesis citando nombres y obras; y también á probar que son muy contados los buenos escultores españoles que han florecido fuera del sagrado recinto de los templos. Esto, repito, no acusa deficiencia estética: lo que significa es que el genio español, muy fecundo en producciones de carácter místico, cultivó muy poco la escultura profana. Desde este punto de vista puede afirmarse que la plástica, como arte libre, apenas ha existido entre nosotros. Para desterrar todo equívoco respecto de esta clasificación, téngase presente que entiendo por arte libre el que existe por sí propio y sin dependencia de la arquitectura, sea del templo, sea del palacio ó del monumento público; y que bajo este concepto, entran en la categoría de estatuas decorativas, así las efigies labradas por Juan de Juni, Gregorio Hernández y Martínez Montañés, como las que nos legaron Fidias y los otros grandes estatuarios helenos: así como son obras de arte libre las representaciones, no de cualidades abstractas, sino de caracteres ó tipos individuales y personales, que pueden ocupar indiferentemente este ó aquel lugar, y que son de por sí preciosos objetos de arte sin relación con el edificio público ó religioso, verbigracia el *Discóbolo*, los *Luchadores*, el *Jugador de tabas*, el *niño de la Espina*, el *Arrotino*, los retratos todos de los *filósofos*, *oradores*, *emperadores*, etc.

De algunos años á esta parte entra el genio español en la gran corriente europea, y produce obras, ya de escultura decorativa, ya de escultura independiente y libre, que prometen á nuestra patria artistas rivales de los Rude, los Carpeaux, los Barrias, los Chapu, los Falguière... Comenzaron el movimiento Alvarez, Solá, Salvatierra: siguieron Vilar, Ponzano, Medina, Piquer; vinieron después con mayor personalismo y mayor intuición del naturalismo de las grandes épocas del arte, los Vallmitjanas, Suñol, Samsó, Moratilla; y hoy, al paso que éstos lo sostienen, pugnando varonilmente entre ellos don Juan Samsó para que el concepto de la belleza cristiana no sucumba atrofiado por el espíritu pagano, vienen á engrosar la benemérita y reducida falange Bellver (don Ricardo), Benlliure (don Mariano), Querol, Alsina, Vallmitjana y Abarca (don Agapito), Susillo, Gandarias, Sanmartí Aguiló, y otros quizá, aunque siempre pocos.

Benlliure (don Mariano). Ha presentado una soberbia estatua del *Spagnoletto* y un grupo encantador que lleva este título: *¡Al agua!* La estatua presenta al gran pintor de Játiva en toda la exaltación de su arrogante personalidad artística. Sabido es que *Jusepe* de Ribera (así se firmaba) era un hombre fastuoso, independiente y enérgico. De su carácter independiente dió una heroica prueba en Roma, siendo adolescente, cuando á pesar de su pobreza y desnudez, rehusó la vida regalada que le proporcionaba la protección de un purpurado, por no enervarse en la holganza. De su energía es irrefutable testimonio su estilo. De su afición al lujo y á la ostentación deponen

(1) *Journal des beaux-arts et de la littérature*, núm. del 15 de mayo último.

ESTUDIO, de Sterby

todos los actos de su vida desde que se vió en Nápoles colmado de riquezas, fruto legítimo de su talento. Ha obrado, pues, muy cuerdamente el joven escultor al darle caballeresca apostura, lujoso traje, hábito y espada, con la paleta en una mano y en la otra el pincel, porque Ribera, después de pintar seis horas por la mañana en esa época feliz de su existencia, ocupaba las restantes en el trato de los primeros personajes de la corte que acudían á su estudio, la mayor parte jugadores, galanteadores y espadachines, y allí la espada y el pincel habían de acudir á la mano con igual frecuencia. – Caballero de Cristo y pintor eximio, venía á ser Ribera, como Rubens, la personificación del arte injerto en la grandeza cortesana del siglo XVII. – Vamos al grupo, siempre rodeado de gente, porque su verdad y sencillez atrae las miradas de todos, entendidos y profanos. *¡Al agua!* Una hermosa niña, de 10 ú 11 años, levanta en sus brazos á un hermanito suyo para meterle en el mar, y el niño se resiste con todas sus fuerzas clavando los deditos, lleno de rabia, en las manos que le sujetan. Nada más gracioso que la figura de la muchacha, que sonríe ante la inútil protesta del rapaz. En la rapidez del movimiento con que se apoderó de éste, su camisilla se ha ceñido á su cadera y muslo dibujando la más linda y pura forma que puede contemplarse dando animación al mármol la llama del genio. El rebelde chiquillo hechiza por la gran naturalidad de su rabieta.

Querol (D. Agustín). – Grupo que representa *la Tradición*. Una anciana refiere á dos niños historias de los tiempos antiguos, que le sugiere un cuervo: ave misteriosa que por su larga vida simboliza el recuerdo de las edades remotas. Con decir que los dos niños, sentado en tierra el uno y de pie el otro, me parecen por la pureza y verdad de la forma, destello del arte helénico, doy la medida de la admiración que esta parte del felicísimo grupo produce en mi ánimo. Pero la sinceridad me obliga á manifestar que no me causa igual impresión la figura de la anciana. Concibo la Tradición en su forma alegórica como una matrona de preternatural longevidad, pero no fea y arrugada como una bruja maléfica, sino por el contrario majestuosa y respetable. Comprendo que no ha de ser muy difícil para un artista del talento del Sr. Querol el hermanar la vejez con la majestad y la nobleza, y si se quieren ejemplos de esta hermosa alianza entre dos requisitos que á primera vista parecen antitéticos, no pocos se hallarán en la privilegiada raza anglo-sajona. Parécame indispensable que la Tradición sea representada como una entidad misteriosa y quizá terrible, pero al propio tiempo llena de atractivo y encanto, que no por vieja solamente se la escucha y respeta. La Tradición puede revestir muchas formas, según la región de donde proceda; pero las más bellas y poéticas, al par que las más determinadas, son las heroicas de las *Sagas* irlandesas, danesas, suecas y noruegas. La Saga escandínava, según la pintó Kaulbach, nada tiene de fea y decrépita; es grandiosa en su magia; majestuosa en medio de su formidable expresión de reveladora de arcanos de tiempos anteriores á la Historia. – A pesar de que la Tradición del Sr. Querol es más una bruja que una saga, el grupo que forma con los dos niños está sabiamente compuesto; y en cuanto á *ejecución*, nada hay que pedir á las carnes y á las ropas que presenta á la contemplación del espectador.

Alsina Amils (D. Antonio). – *El sacrificio de Isaac:* grupo de tamaño natural. Era arduo asunto para representado en escultura por la dificultad de la agrupación, si había de seguirse al pie de la letra el texto del Génesis; pero el autor ha vencido hábilmente el escollo poniendo sobre el plano del altar al sacrificador y á la víctima: que después de todo, nada se opone á que el altar preparado por Abraham tuviera la amplitud que el Sr. Alsina le ha dado. Resulta así de la agrupación del padre con el hijo un bello conjunto, contrastando la juvenil figura del tierno y obediente Isaac, con la robusta y enérgica del anciano Abraham, que lleno de fe y pronto á un sacrificio más doloroso que el de la propia existencia, va á descargar el golpe mortal sobre el hijo único que es su amor y su embeleso, y en quien se cifran todas sus esperanzas y el cumplimiento de grandes promesas.

El niño, arrodillado á los pies de su padre, y tomando con ambas manos la mano de éste para besarla cariñoso, – accidente moral, bello y conmovedor en que no se repara apenas, – dobla resignado la cerviz para recibir el golpe de muerte. El anciano, á despecho de tan dulce lazo, alzando al cielo los ojos y la diestra armada con el cuchillo, parece formular la plegaria con que ofrece á su Dios el más costoso de todos los holocaustos. Si la composición es buena, la ejecución no es inferior: las cabezas y extremos están muy bien estudiados; el ropaje del Abraham es grandioso y marca perfectamente el movimiento de la persona. El desnudo del Isaac tiene naturalidad y elegancia.

Sanmartí Aguiló (D. Mariano). – La pesca (estatua en bronce). Un muchacho medio desnudo, en pie, á la orilla del mar, cubierta la espalda con una chaqueta y la cabeza con un sombrero de paja, está poniendo el anzuelo en su caña de pescar. El asunto es de una sencillez ática, y requería por lo mismo gran pureza de forma. Y el autor ha sabido dársela. Sólo es de sentir que no sea menos vulgar el semblante de este pequeño Glauco, porque no debe un escultor dar al olvido el eterno axioma de que *el arte es la manifestación de lo bello*, y ha de tenerse presente que aunque este muchacho sea aquel

..... mancebo sin rubor, cobrizo,
que en el hechizo de la playa rasa
la vida pasa, sin que le importunen
arte ni ciencia,

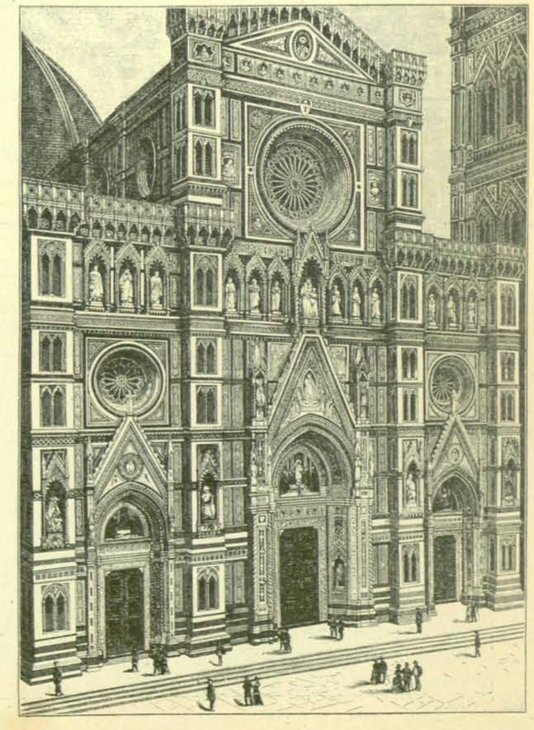
el más granuja entre los pilletes de la playa puede ser tan bello como Narciso.

Vallmitjana (D Venancio). —Bajo relieve de *Santa Teresa; La Belleza dominando á la Fuerza;* la *niña de la silla* (estatua en yeso); *Cupido* (estatua en yeso). —El respeto á la justa fama que este dignísimo profesor se ha granjeado con sus muchas y excelentes obras, me impide confiar demasiado en la exactitud de mi juicio respecto de las que ha traído á la actual Exposición; pero aun desconfiando del acierto, debo lealmente manifestar que al paso que me satisface del todo su bajo-relieve de la apoteosis de *Santa Teresa* ó de la exaltación beatífica de la Santa Doctora de la Iglesia de España, su figura de *la Belleza dominando á la Fuerza* me parece más adecuada para representar la *gracia*, casi diría la *coquetería*. En el bajo-relieve todo es amplio y noble: el pensamiento, la composición, la ejecución; en el grupo de la mujer sobre el león, aunque el león es grande y fiero, la mujer resulta de busto algo mezquino.

Vallmitjana y Abarca (D. Agapito). — San Juan en el desierto. Es un buen estudio del natural, que no cae en desagradable *realismo*. La figura del Precursor es simpática y está sentida, aunque no muy dentro de la esfera de la iconografía cristiana, que tiene ya establecidos tipos convencionales; y se ve en ella á las claras que fué modelada desde un principio para representar al santo penitente, primer habitador del yermo, y no al acaso, aplicándole un nombre después de hecho, como muchas veces acontece. — *El león.* El autor ha sorprendido la arrogante actitud del *rey de la floresta* cuando al salir de su caverna, sube al altozano y otea el contorno buscando su presa. Este joven artista aspira con recursos propios al puesto que en Francia han alcanzado Barye, Caín y Valton: estudia el natural con conciencia, y no perdona medios de adelantar en este difícil ramo del arte.

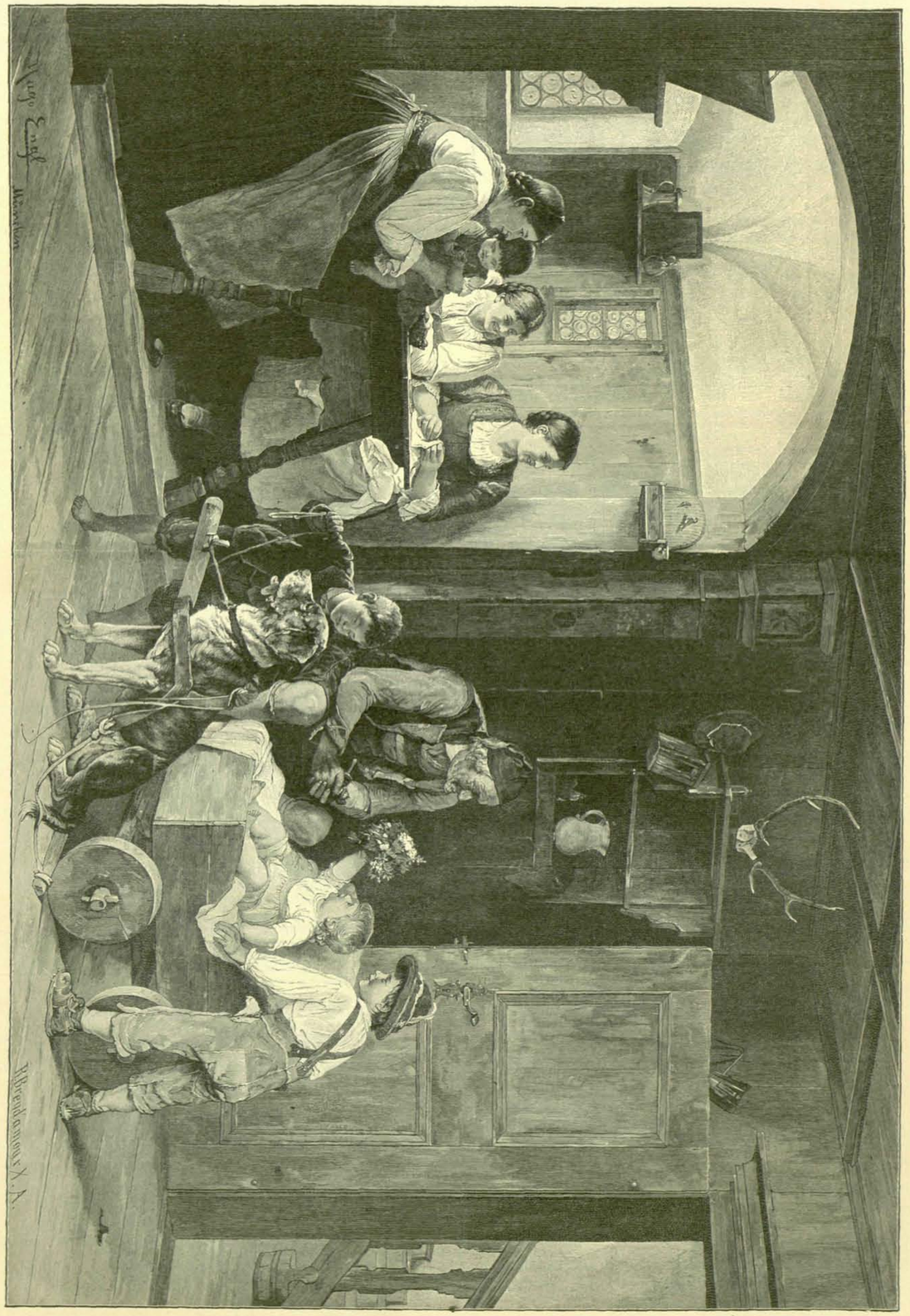
Estors (D. Vicente). – La agonía de un paria (estatuilla de barro imitando el bronce). Es un buen estudio de mucha verdad y expresión, y concluído sin manera.

No me detendré á analizar los demás grupos, estatuas y composiciones escultóricas de la Exposición, aunque no me faltaría qué elogiar en las diversas obras de *Gandarias*, de *Susillo*, de *Moratilla*, *Garcillán*, *doña Adela Ginés y Ortiz*, y otros. Repito lo que tengo manifestado al tratar de los cuadros: entre las obras que no menciono, las habrá quizá tan buenas como las que cito; pero no teniendo obligación de discutir acerca de su mérito, prefiero no tomar en consideración más que lo que me agrada, dejando también mucho de lo que me agrada en el tintero. Hay 24 bustos, entre los cuales existirán probablemente algunos muy apreciables, y sin embargo no puedo pasar revista á esta larga serie de fisonomías más ó menos monumentales, más ó menos aspirantes al honor de rivalizar con Demóstenes, Periandro ó Aristófanes. Cuando en una Exposición me encuentre yo con un busto como el de Monseigneur d'Affre, que ejecutó David d'Angers, ya sabré sacarle del pelotón de los simples soldados de fila. Y cuenta que hay modelos que son dechados de heroica condescendencia para con los escultores: personaje conozco yo que ha consentido ser retratado en bronce con manto á la romana, con la circunstancia agravante de haberle dado un tamaño raquítico que ni tiene las proporciones del natural, ni las de las estatuillas de mero adorno para las chimeneas y veladores. La elección del tamaño es requisito que no descuida ningún escultor impuesto en los rudimentos de su arte, y es sabido que un retrato en busto ó se hace en muy pequeña escala, como objeto de capricho, ó se ejecuta del tamaño natural, cuando no algo mayor si se trata de la apoteosis del sujeto, según acontece con los bustos de los dioses ó de los emperadores. Porque el natural dimi-



LA NUEVA FACHADA DE LA CATEDRAL DE FLORENCIA

SISTEMA DE EDUCACIÓ



ESCENA DE FAMILIA, cuadro de Hugo Engl

SALÓN DE PARÍS DE 1887

FLORES DE ESTÍO, cuadro de Chaplin, grabado por Baude

nuto induce á tomar por enano al que no lo es.—En cuanto al traje á la heroica ¿habrá querido el autor imitar á Adolphe David, que acaba de representar á Víctor Hugo con ropaje antiguo? Esta indicación del traje heroico coloca á Víctor Hugo fuera de toda época moderna. – Pase, dado el orgullo francés, esta traslación del gran poeta al ciclo olímpico; pero el personaje á quien yo aludo, poeta y todo, y excelente poeta, de seguro no presume de tipo homérico, ni imperial, ni tribunicio siquiera.

En la dolorosa inopia que la sección de ARQUITECTURA nos presenta, no sé cómo justificarme de haber abierto en la distribución de estos artículos un capítulo para tratar de los trabajos de este arte presentados al público certamen. Compréndese que para el arquitecto no haya en las Exposiciones el aliciente que sirve de estímulo á los pintores y escultores para exhibir sus producciones: las de estos son obras terminadas que pueden enajenarse; las de aquellos son meros proyectos. ¿Quién tendrá el raro capricho de adornar su casa con un proyecto de monumento público repartido en plantas, alzados, secciones y detalles formando una serie inacabable de bastidores? Por otra parte, el que trazase un monumento sólo para demostrar su genio y su ciencia, sin esperanza de verlo realizado, habría de ser un verdadero Don Quijote del arte, dotado de un platonismo á toda prueba. Por lo común, no entran en las públicas Exposiciones más proyectos que los de obras ya encargadas ó que aspiran con alguna probabilidad á serlo.

Don José Esteve y López ha expuesto en cuatro bastidores interesantes dibujos de las obras de restauración que llevó á cabo en el templo de San Miguel de Jerez de la Frontera entre los años 1865 y 1878. Su *baldaquino* (llamémosle *tabernáculo*) es esbelto y elegante, bellamente dibujado en el estilo ojival del siglo XIV.

Don Adolfo García Cabezas es autor de un proyecto de construcciones que la Compañía Trasatlántica va á erigir en terrenos de su propiedad en Matagorda (bahía de Cádiz), en las cuales se comprenden una capilla, una escuela, una estación de socorro, y un jardín con una estatua á la memoria del primer marqués de Comillas. Ha adoptado para su obra un estilo entre románico y bizantino, de aspecto robusto y monumental, que no carece de grandeza.

Don Vicente Lampérez y Romea presenta el proyecto de un Pabellón para exposiciones de bellas artes, que comprende 6 bastidores. Es trabajo apreciable: su estilo, griego en lo principal, con coronación de carácter esencialmente moderno, y una cúpula, más bien tragaluz, excesivamente rebajada, que le quita nobleza.

Por último, *don Julio María Zapata* ha expuesto un bello proyecto de púlpito para una iglesia parroquial. Se ha inspirado al trazarlo en el estilo gótico del XV, y lo ha acuarelado con colores y oro muy lindamente, presentando un conjunto razonado, rico y elegante.

PEDRO DE MADRAZO

LOS MERODEADORES, croquis de Adolfo Binet, copiado de un fragmento de su cuadro

FAVORES Á RÉDITO

Como las gentes poco misericordiosas buscan en las miserias fingidas pretexto para no acudir en auxilio de verdaderas necesidades, así con lo frecuente de la ingratitud procuran justificarse á los ojos de los demás, y aun á sus propios ojos, los que no son aficionados á dispensar favores, ó quieren *prestarlos* con su cuenta y razón.

De estos apreciables sujetos hay muy bien por todas partes; muchos más que de ingratos. Y, sin embargo, de los ingratos estamos hablando siempre y de los usureros de la gratitud casi nunca decimos una palabra. Sospecho que esta anomalía, más aparente que real, consiste en que de usureros de la gratitud tenemos todos algo, y de ingratos somos muchísimos los que no tenemos nada.

Ahí está, por ejemplo, mi amigo Valentín; y digo ahí está, porque presumo que en alguna parte estará; pero no porque yo sepa dónde se halla; ahí estará, repito, donde estuviere, mi amigo Valentín de quien no se tiene noticia de que haya hecho jamás los favores de balde; pues díganle Vds. quejarse de ingratitudes cosechadas, de desengaños recibidos, que no parece sino que se ha pasado la vida haciendo mercedes á toda la humanidad y que la humanidad se ha confabulado para olvidar ó desconocer esos favores.

El, Valentín quiero decir, no es como la generalidad: eso dice Valentín mismo: jamás olvida los favores recibidos, por insignificantes que sean, y lleva su gratitud á tal extremo, que ya mortifica al favorecedor por lo exagerada.

En cierta ocasión hube de prestarle un servicio de muy escasa importancia, servicio que seguramente habría yo dado al olvido si Valentín no me lo recordase constantemente. En el teatro, en el café, en paseo, en una boda ó en un entierro, donde quiera que nos encontramos, Valentín se viene como flechado á donde yo estoy, me tiende la *diestra*, con la *siniestra* me da golpecitos en la espalda, y me suelta indefectiblemente el mismo discurso:

«Celebro encontrarte: ¿estás bien? tenía deseos vivísimos de darte nuevamente las gracias. ¡Oh! yo nunca olvido los favores que se me hacen. Mientras viva recordaré que acudí á tí y que tú me serviste. Gracias, gracias.»

Figúrese cualquiera si esto, repetido uno y otro y otro día, y siempre, no acaba por ser insoportable. He llegado á cobrar miedo á Valentín y mil veces prefiero á esta gratitud molesta el más duro desagradecimiento.

Pero sucedió un día que un mi amigo, amigo de verdad, á quien yo quiero mucho y por quien soy capaz de cualquier acto heroico, hasta el de buscar á Valentín, necesitó que éste le favoreciera en ciertas pretensiones y allá me fuí yo como un valiente decidido á escuchar una vez más las tonterías de Valentín, y á sobrellevar sus afectados y empalagosos alardes de agradecido.

Llegué á su casa; me soltó el consabido discurso, que yo no repito porque el lector ya lo conoce, y cuando hubo terminado sus enfadosas protestas de siempre, comenzamos el siguiente diálogo:

– Y sepamos, ¿qué buenos vientos te traen por esta casa? ¿Seré bastante afortunado para que me dés ocasión de probarte con hechos la sinceridad de mi agradecimiento? Ya sabes que deseo servirte.

– De eso se trata.

– ¿Necesitas de mí?

– Casi, casi.

– Pues habla. ¿Qué quieres?

– Quiero que interpongas tu influencia á fin de conseguir una credencial.

– ¿Para tí?

– No: para un amigo.

– ¿Quién es?

– Nicolás Oña; chico muy dispuesto, abogado, y...

– Sí, le conozco hace mucho tiempo.

– Bueno, pues para ese.

– Pues ni para ese, ni para nadie, interpongo yo mi influencia, ni molesto á mis relaciones.

– ¿Cómo?

– Como lo oyes: ¡bah! el tal Oña, pájaro de cuenta: descastadote, ingrato: bien que en eso de ingrato no es solo; hay muy pocos hombres que reconozcan noblemente el beneficio recibido y lo recuerden siempre con gusto. Yo no soy así; ya lo sabes: el que me hizo un favor es siempre dueño de mi voluntad y de todo lo que yo valga y pueda; pero ¡ay, amigo mío! como tú y como yo hay pocos, muy pocos; acaso somos los únicos ejemplares. Siembra beneficios y recogerás ingratitudes. Por eso, nada, nada; lo he resuelto; decididamente no hago un favor ni á mi padre.

– La teoría me parece muy exagerada y la práctica absolutamente imposible.

– Ni lo uno, ni lo otro.

– Bien, no discutamos. No hagas por Nicolás lo que te pido: hazlo por mí.

– Por tí con mil amores; ahora mismo: por Oña, nunca. Es un ingrato.

– Pues no me lo parece.

– Porque tú eres demasiado bueno y piensas que todos son como tú.

– Gracias; pero de todos modos, ¿qué pruebas tienes de la ingratitud de Oña?

– ¿Te parece poco lo que ha hecho conmigo?

– No me parece ni poco ni mucho, porque no lo sé.

– Pues Oña hizo lo que Gómez, y lo que González, y lo que Pérez, y lo que todos. Yo he sido para todos ellos un padre; por ellos me he sacrificado y ellos, ellos... han correspondido á mis favores con la más negra, con la más odiosa ingratitud.

Y dicho esto, Valentín se engolfó en una relación larga, muy larga, de los favores que él había dispensado á los susodichos Oña, González, Gómez y Pérez, y de su relación pude sacar en limpio que Valentín, so pretexto de dispensarles protección, había explotado á sus protegidos y que cuando ellos se cansaban de prestarse á ser explotados, comenzaban las recriminaciones de Valentín.

Al uno habíalo tenido, por espacio de cuatro años, al frente de su bufete como pasante, confiándole los negocios más difíciles y más desagradables, exigiéndole muchas horas de trabajo y pagándole mal y de mala manera una mezquina retribución: eso decía Valentín que era haberle hecho hombre.

A otro le alcanzó una plaza de noticiero en no sé qué periódico: y se cobró el favor con elogios exagerados que Valentín mismo redactaba siempre que tenía una vista, ó pronunciaba un discurso, ó publicaba un librejo cualquiera. De este periodista decía Valentín que él lo había dado á conocer y que sin su protección jamás hubiera salido de la oscuridad.

Y así por ese estilo eran todos los favores que Valentín había sembrado y las ingratitudes que había recogido.

Procuré convencerle de que no tenía razón, pero ¿quién hace creer á un tonto que es tonto en efecto? Renuncié á convencerle y renuncié también á sacarle la recomendación para Oña.

Mi visita, pues, resultó inútil por lo que respecta á la credencial apetecida; pero no lo fué del todo en lo que se refiere á mi experiencia.

Adquirí la certeza de que Valentín era un egoísta de tomo y lomo, incapaz de hacer un favor á su mismo padre, como, en un arranque de sinceridad, había confesado: que cuando podía convenir á sus planes ó servir para su comodidad, fingía favorecer á cualquier incauto cuyo talento ó cuyas aptitudes utilizaba, y que á esta explotación indigna la llamaba él dispensar beneficios y que jamás ayudó á nadie sin que hubiese calculado lo que por aquel favor podría obtener.

Díme yo á pensar desde entonces si Valentín es una excepción entre los que se quejan de ingratitudes, ó si es la regla general.

Y después de haberlo pensado maduramente, declaro que me inclino más á creer lo segundo que lo primero.

Podrá haber ingratos, no lo desconozco; pero son muchos menos de lo que por ahí decimos todos: en cambio, son muchos los que no hacen favores, ó los que al hacerlos piensan en lo que esos favores pueden producir: éstos son los que después se quejan de los ingratos, como los usureros suelen quejarse de los prestatarios insolventes.

Puede que me equivoque; pero siempre que oigo á cualquiera deplorar una ingratitud, me parece que es un mercader de beneficios que ha prestado sus favores á rédito.

A quien por impulso de su natural bondadoso favorece al amigo, socorre al necesitado, auxilia á quien lo ha menester, no le ocurre jamás dar importancia á lo que espontáneamente hace, ni mucho menos exigir por ello la recompensa de la gratitud. Bástale y le sobra con la íntima satisfacción que siente cuando enjuga las lágrimas del triste, ó atenúa las miserias del menesteroso.

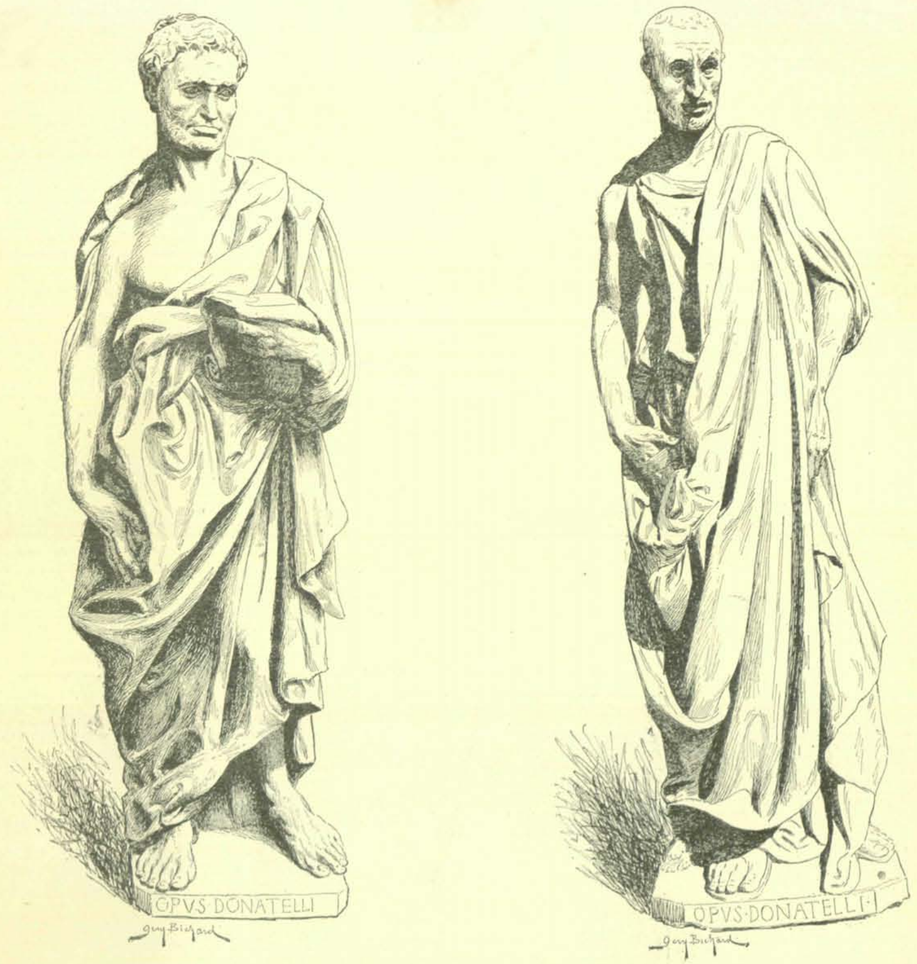
Pero los que un día y otro, á todas horas, se quejan de no haber hallado más que ingratos en su camino, parécenme que deberían anunciar su industria en la cuarta plana de los periódicos en estos términos:

«OJO.—*Hay favores* para buenas hipotecas.

BENEFICIOS y RECOMENDACIONES, *se prestan* sobre promesas de amor, de sumisión incondicional ú otras garantías que convengan.»

Esto podría asustar á ciertos espíritus delicados y meticulosos; pero tendría la ventaja de que todos sabríamos de lo que se trataba y nadie podría llamarse á engaño.

A. SÁNCHEZ PÉREZ



ESTATUAS DE DAVID Y JEREMÍAS, en el Campanile de Florencia, por Donatello

LA HIJA DE LA VIUDA

LEYENDA HISTÓRICA RABÍNICO-CATALANA

A vueltas de condiciones importantes de ornato general, pretexto ó motivo invocado á la continua para reformas en la edificación de nuestras ciudades, espíritus sentimentales é idealizadores, poetas y artistas de aquellos que el vulgo designa á montón con el nombre de románticos se duelen de que desaparezcan cotidianamente preciadas reliquias de edificios antiguos, los cuales por la grandeza ú originalidad de sus líneas, lo peculiar de sus adornos y hasta su disposición especial ó economía constructiva servían á romper de varios modos la monotonía del aspecto vulgarísimo y adocenado de algunas casas modernas ó reformadas en la última centuria. Causa es de no escaso dolor para todos los que aman la belleza de lo antiguo el contemplar en el Albaizín de Granada, ora una alfarería, ora un taller (cuando no un taller de carpintería) en las *doradas mansiones de marfil y nácar labradas por el sabio moro* para aposento de príncipes y de magnates; ruinosos alcázares que fueron un día teatro de lucidas fiestas reales, de discretos consistorios, de alegres leilas y de bulliciosas zambras, con sus vastos salones de paredes decoradas con esmalte y artesonados de azul, rojo y plata, sus espaciosos corredores y sus patios anchurosos, donde parecen conservadas las huellas de tanto caballero y de tanto doncel, de tanto cantor y ministril, de tanto poeta y narrador, atentos todos á procurar el solaz de los príncipes mahometanos con hidalgas muestras de galantería, la habilidad en el ejecutar y en el concebir, el relato de aventuras maravillosas y las interesantes frases de ingenio. Ni mueven poco á dolor en los que visitan la imperial Toledo los mutilados restos de la grandiosa fábrica de la mezquita ó humilladero muslím de la calle de las Tornerías, cuya pureza de estilo, gallardos arcos y elegantes columnas compiten con los de la aljama omeya de Córdoba, destrozados sobre manera y repartidos al presente en viviendas y locales de aspecto mezquino, destinados ¡suerte adversa! cual á taller de caldería, cual á tienda de verduras. *Habent sua fata monumenta*. Mas, con ser verdaderamente tristísimas tales contemplaciones, amenaza algo peor á los admiradores de monumentos artísticos y arqueológicos del capricho y audacia de mezquinos reformadores, que guiados á las veces por fantasía propia, más bien que obedeciendo á imperiosas razones de comodidad y de higiene, pretenden igualar todos los edificios nivelándolos interior y exteriormente y destruyendo el interés y enseñanza de su historia particular, ante las pretendidas ventajas de una regularidad geométrica. Esto ha ocurrido, ocurre y ocurrirá como en muchas ciudades de España en Barcelona, pero en rigor de verdad mucho menos y más despacio que en otras partes.

Los aficionados á memorias y recuerdos de la antigua corte de los Vifredos, si cuentan once ó doce lustros de edad, no han olvidado todavía entre las casas viejas reformadas en el primer tercio del siglo en la calle de Moncada una de sencilla apariencia, que se distinguía, sin embargo, por su elevación y anchura de los edificios inmediatos. Situada en el lugar que han ocupado después las tiendas de dos comerciantes conocidos, antes de su revoque, reforma y división verificadas en 1830 ofrecía á la derecha mano una ancha puerta que daba acceso á un despacho ó tienda de mucha capacidad, adonde no se podría entrar sin bajar dos escalones, mostrando en el lado de la izquierda otra puerta principal, que se abría para dar entrada al zaguán de la casa, habitación con pavimento de piedrezuelas, la cual terminaba en frente de la puerta en hermoso pórtico de gusto románico, que rodeaba un espacioso patio. La magnificencia y buena disposición de esta parte del edificio así como la ancha escalera con barandilla de piedra que conducía desde el pórtico á las habitaciones interiores testificaba claramente, ó que había pertenecido en otro tiempo á persona opulenta que no ejercía habitualmente granjería mercantil, ó que el mercader que la erigiera había menester por la multitud y copia de sus negocios aparejo y comodidad de varios locales de oficinas. Desprovista la casa en su exterior de todo blasón de escudo de armas, corría habilla por entonces en el barrio, de que aquel mal conservado caserón encerraba alguna singularidad de cuenta, ora subterráneos con remota é ignorada salida, ora un tesoro enterrado, como que se había oído decir á sus propietarios y vecinos que, en repetidas ocasiones, habían tratado de comprarla algunos extranjeros llegados á Barcelona desde lejanas tierras, exclusivamente con dicho objeto. Solía referir el que la poseyó en 1815, que su bisabuelo estuvo á punto de otorgar escritura de venta á favor de un caballero de Perpiñán llamado Rasí, quien le contó que había morado en ella uno de sus antepasados, personaje célebre y famoso, así en Europa como en Oriente, y, en especial, venerado por sus escritos en Francia y en Alemania. Hablaba el perpiñanés al propietario catalán de una manera tan sigilosa y extraña y mostraba empeño tan vivo y extraordinario en la adquisición del edificio, que se persuadió el barcelonés de que se tra-

taba á no dudarlo de recoger algún tesoro depositado en tiempo antiguo, con lo cual exageró sus pretensiones, desentendiéndose á la postre de vendérselo por ningún precio, por elevado que pareciese. Dándose después á hacer averiguaciones acerca de los antiguos poseedores de la finca, rastreó solamente que uno de sus antecesores la había comprado dos centurias antes, á fines del siglo XV, á los herederos de un rico comerciante sin hijos llamado Francisco Gersom. Ocurrió que un tratante italiano habiendo vuelto á su país en 1848, después de haber vivido muchos años en la calle de Moncada, acertó á visitar en Padua á un librero amigo suyo, en el momento en que era objeto de acalorada cuestión en la trastienda, el origen de un tesoro encontrado días atrás en la margen izquierda del Tesino. Entonces contó el recién llegado lo que se refería en Barcelona, á propósito de la casa que se decía fué un tiempo habitación del escritor llamado Rasí, cuyo propietario más antiguo usó el apellido Gersom. Como le escuchase en un rincón de la habitacion un judío bibliógrafo, no pudo contener un ¡ah! de admiración, que explicó ante los circunstantes, significando que la historia de Rasí y de los Gersom de Barcelona se hallaba escrita en unos papeles de judíos sefardíes ó españoles que fueron sus antepasados. Avivada la curiosidad del tratante y de los que se hallaban presentes, le suplicaron que se la refiriera, lo cual verificó el rabino, sin hacerse mucho de rogar, en estos términos:

Hacia el año cuatro mil setecientos noventa y nueve de nuestro cómputo (1039 de Jesucristo), vivía en Tolón, ciudad marítima del Este de Francia, un pobre judío, llamado Isaac, con su esposa Rebeca: el primero, aventajado talmudista, ganaba el sustento cotidiano tallando piedras preciosas y copiando manuscritos; su compañera le ayudaba también á atender á las necesidades de la casa con trabajos propios de su sexo, siendo primorosa en toda labor de encaje y en el guarnecer alcandoras. Vástago Isaac de una antigua familia de orebzes conservaba, como herencia de familia, una hermosa esmeralda de brillo y color muy preciado. Mostrándola una vez á cierto devoto cristiano, que le había encargado engastar otra semejante, ocurrió á este, cuenta la tradición, que ambas piedras servirían bien, con alguna preparación, para simular las niñas de los ojos en una escultura de madona: con cuyo motivo no cesó de importunarle para que la cediese á buen precio. El israelita, que no quería contribuir de manera alguna á lo que estimaba en su corazón como una aplicación idolátrica, resistió toda oferta, negándose rotundamente á la cesión que solicitaba el cristiano. Sabiendo este que la llevaba siempre consigo, logró por engaño que se embarcase cierta tarde en una lancha que le pertenecía, y allí trocada la actitud de repente, le amenazó con quitarle la vida, si no se la entregaba. Resuelto Isaac á todo, la arrojó al mar, para que, con su muerte, no se allanase la aplicación que temía; con lo cual el cristiano que no imaginó tanta decisión, ni intentaba en realidad lo que decía, se excusó ante él y le dejó en tierra. Pasó la mayor parte de la noche, que sucedió á tan triste acontecimiento, con viva fiebre é insomnio, hasta que, rendidas sus fuerzas y cerrados por un momento sus ojos, creyó oir una voz que le decía: «Consuélate: á trueco de esa piedra, que pierdes, tendrás un hijo, cuya fama brillará más que todas las piedras preciosas del universo». Algunos meses después, Rebeca llevaba en su seno esperanza de próxima fecundidad, considerada como especial bendición de Dios por los israelitas.

Sucedió que, al pasar una mañana por calle muy estrecha de Tolón, acertó á pasar al mismo tiempo que ella un coche tirado por cuatro fogosas yeguas. El cochero que tenía buen corazón bajo la áspera corteza de los de su oficio, comenzó á dirigir el tiro, en sentido de acercarse á uno de los muros laterales, para dejar paso á la pobre judía. «Adelante y por medio,» gritó una voz dentro del coche. «¿Merece que nos molestemos una mísera hebrea?» La atribulada joven aceleró el paso para ganar cuanto antes el extremo de la calle, mas cuando estaba próxima á lograrlo, se atravesó otro carruaje, que venía en dirección contraria. Entonces el cochero del primer carruaje, movido de las voces de su señor se dispuso á hacerle paso, para lo cual aproximó el coche á la pared, sin consideración á la pobre hebrea, que se hallaba en inminente riesgo de morir aplastada. La israelita, que había detenido el paso y se apoyaba sobre la pared, teniendo la rueda del primer carruaje casi encima, gritó de repente: «¡Adonai (Dios ó Señor mio), libradme de la iniquidad de estos malos cristianos,» y ¡oh maravilla! la pared sobre que se apoyaba, la cual resultó ser por aquel sitio una delgada tabla cubierta de yeso, cedió inmediatamente, recibiendo á la judía en una especie de nicho en cuyo hueco pudo resguardar la vida. La mujer de Isaac, que se creyó salvada milagrosamente, contó y divulgó el suceso por la población, no sin dar pretexto á que cristianos malévolos ó suspicaces, pretendiesen que debía su salvación á intervención diabólica, invocada por sortilegio. En consecuencia, el matrimonio temiendo ser perseguido, abandonó una noche á Tolón, y buscó un refugio en Troyes, población de Champaña, cuya aljama israelita gozaba reputación de numerosa y muy opulenta, en aquel tiempo.

Llegados á aquella ciudad, fueron muy bien recibidos por judíos plateros primos de Isaac, los cuales no dejaron de encarecer el mérito científico del joven, recordando que era discípulo predilecto del insigne talmudista R. Gersom de Maguncia, con lo cual no tardaron en introducirle en los círculos de los hombres más doctos, que dieron testimonio de modestia, eligiéndole rabí de la comunidad. Ocurría esto á la sazón en que llegaba á Francia la noticia de la muerte del último Gaón de Sora (1040 de J. C.) y pocos días después daba á luz Rebeca un niño, á quien su padre puso el nombre de Salomón, conforme al sueño que había tenido y al destino, que después alcanzó en el mundo científico. Fué, andando el tiempo, el hijo de Isaac uno de los doctores más ilustres del judaísmo, aquel cuyas obras inspiraron á Nicolás de Lira y el cual bajo el nombre de Rasí (RA. S. I.), esto es, Rabbenu Selemoh Isaaqui ó hijo de Isaac, es considerado hasta el día cual el comentador más docto de la Biblia y del Talmud que haya producido la raza hebrea. Consagróse desde su primera edad al estudio de la ley mosaica, cultivándolo en Troyes bajo la dirección de su padre, hasta que cumplió diez y ocho años. Entonces por conformarse con los preceptos de la Misná (Aboth v. 21) se casó con una doncella hebrea, la cual dejó á poco en su país natal dirigiéndose á Alemania, á ejemplo de su tío R. Simeón Ben Hazzaquen, con el propósito de oir á las principales lumbreras del

Fig. 1. – Moneda de dos sueldos destinada á entrar por la estrecha boca de una botella. Está figurada á la izquierda con un anillo de gutapercha extendida.

Talmudismo. Allí, á vueltas de grandes privaciones, falto en ocasiones de pan y medio desnudo, viajando á pie, é interrumpiendo varias veces sus tareas para volver á Francia á ver á su esposa, tuvo además de su tío por maestros en distintas poblaciones á R. Jacob Ben Jacar, que había sucedido á Gersom en la dirección de la escuela de Maguncia, á R. Isaac Ben Judah y á R. Eliaquim, cabeza de la sinagoga de Spira. Bastáronle, con todo, cinco años para posesionarse de cuanto se sabía en su tiempo de doctrina teológica judaica, así como de literatura y exégesis bíblica y talmúdica, mostrándose consumado en todos estos estudios. Volvió entonces á Troyes y abrió escuela de interpretación bíblica, comenzando con tal motivo la obra más notable de las suyas, la intitulada «Comentarios.» Su reputación le atrajo consultas de todas partes, el acierto de sus resoluciones le constituyó más de una vez en árbitro de los puntos de doctrina disputados entre sus propios maestros, la admiración de sus paisanos le otorgó unánimemente el rabinato á la muerte de su padre. No era aquel cargo un puesto verdaderamente lucrativo, sino una dignidad honrosa, con que los israelitas recompensaban en aquel tiempo, así la ciencia como la práctica de la virtud y la severa observancia de la ley. La fama de sus virtudes le hizo acepto, no sólo á los israelitas, sino también á muchos príncipes y sabios cristianos. Quizá por esta razón, ó por favores de la suerte, la terrible tempestad que se fraguó contra los judíos, al predicarse la primera cruzada, derramando torrentes de sangre judía en Baviera, en la Alemania occidental y en el Norte y Este de Francia, pasó por los alrededores de Troyes, sin producir daño en su recinto. En cambio, fué el lugar de refugio para los perseguidos de los países cercanos. En el año 1096 los vecinos de aquella población vieron llegar á sus puertas grupos de miserables judíos hambrientos, desnudos y faltos de recursos. Eran los israelitas perseguidos, que habían logrado salvarse de las horribles matanzas de Tréveris, Spira y Maguncia, y de las crueldades ejercidas por los cruzados en Metz. Todos los hebreos de Champaña acudieron al socorro de sus hermanos, excitados por el ejemplo y la palabra del ilustre rabino. Este acogió en su casa á algunas familias necesitadas, en especial de los doctos talmudistas del Norte. Con ellas había venido una prima suya hija de su tío R. Simeón, acompañada de su esposo, nieto de R. Gersom, el insigne rabino de Maguncia. Traía el matrimonio consigo además de una hija, niña hermosísima de diez años llamada Meriem, un huérfano, mancebo de quince años, hijo de R. Eliaquim de Spira. Con no ser Rasí de los judíos más acomodados de la sinagoga, su caridad era inagotable. Consumidos los recursos propios, no perdonó medio de mover el desprendimiento de los suyos, en particular de los mercaderes ricos. Estos, pasado el arranque generoso del primer momento, se encerraron, por su mayor parte, en indiferente egoísmo, que forzó á los fugitivos á dispersarse por las ciudades del Mediodía de Francia, dirigiendo algunos sus pasos á la Península Ibérica.

Francisco Fernández y González

(Continuará)

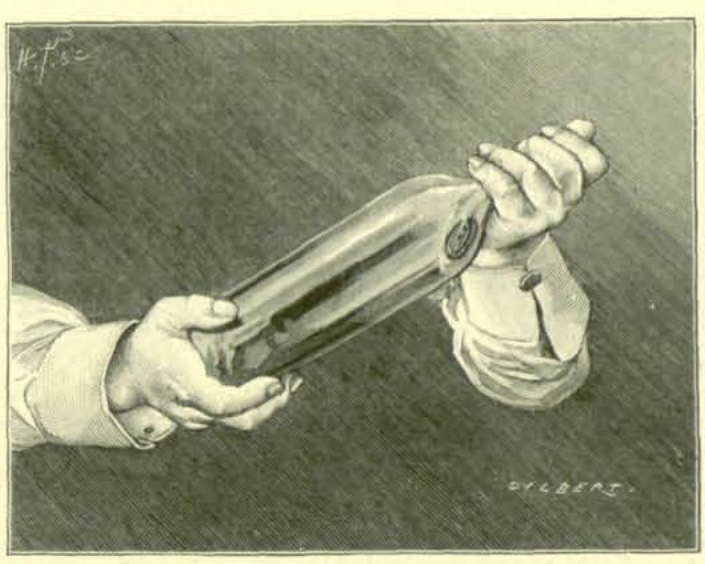


Fig. 2.—Manera de hacer entrar la moneda en una botella.

Fig. 3.—El sueldo doble.

LOS SUELDOS MÁGICOS

Desde hace algún tiempo los vendedores ambulantes de las calles de París venden á los transeuntes unos sueldos mágicos que pueden hacerse entrar en una botella ordinaria.

Trátase de una moneda de diez céntimos, pero si se toma en la mano, luego se ve que se dobla exactamente como las alas de una mesa de comedor.

Los aficionados á la mecánica, los relojeros y los torneadores de cobre pueden fabricar una sin dificultad. He aquí cómo se ha de proceder.

Con una sutil sierra de serrar metales, se corta la moneda en tres partes, bien siguiendo dos líneas paralelas, bien los contornos indicados en la fig. 1.ª. Con destreza se consigue que los cortes sean casi invisibles. Antes de serrar la moneda, se ha debido practicar por medio de un torno, de una sierra ó lima, una ranura circular de dos milímetros de profundidad alrededor de la moneda.

A esta ranura se adapta un anillo de gutapercha fuertemente tendido; anillo que antes de la tensión debe á lo más tener de 3 á 4 milímetros de diámetro. Si la gutapercha está bien disimulada en la ranura, la moneda serrada no se diferencia de otra íntegra, á primera vista.

En virtud de este procedimiento se puede fácilmente hacer entrar la moneda en una botella, colocando las manos como indica la figura 2ª. La mano que dobla la moneda, cubre la boca y cuello de la botella; pónese encima la moneda y con un ligero esfuerzo se le hace salvar el cuello de la botella. La misma gutapercha de su contorno la obliga luego al punto á recobrar su forma primitiva y suena en el cristal como un prodigio.

Para sacarla se ha de procurar que los cortes de sierra estén en la dirección del eje de la botella, y entonces, se inclina esta boca abajo, se le da un golpe ó dos con la mano, y se la obliga á salir, tomando ella misma su forma primitiva como antes por la tensión del anillo de gutapercha.

Después de esta suerte de recreación, diremos algunas palabras del *Sueldo doble*, cuya descripción ha hecho el periódico *El Investigador*, del que tomamos estos curiosos pasatiempos.

Colócase el sueldo, ya preparado, en la mano y se exhibe para que se vea que es único, que está solo; se pone encima la otra mano por un momento, y cuando se quita esta mano, no hay ya en la otra un sueldo solo, sino dos bien manifiestos.

La figura 3 indica, no cómo ha de hacerse la suerte, sino simplemente el resultado, el sueldo doble. No es sino un sueldo ordinario, encima del cual hay una especie de cubierta hueca que tiene la marca ó sello de un sueldo y cubre tan exactamente el primero, que puede creerse que se trata de una moneda ordinaria.

Levantando esta cubierta y deslizándola hábilmente al lado de la moneda auténtica, aparecen efectivamente dos sueldos en lugar de uno.

Fabrícase esta cubierta por un procedimiento de estampación de una laminilla ú hoja de cobre muy delgada, que se adapta á un sueldo, que sirve de molde.

Venden estos objetos unos *camelots*, que recorren las calles de París, y no siempre es fácil adquirirlos.

Tal vez sea posible reproducir el molde del sueldo en cobre por medio de procedimientos galvanoplásticos; pero no hemos hecho experimentos para saberlo; y no podríamos informar á nuestros lectores de una manera cierta sobre este punto. Sea como quiera, hay aquí asunto de interesante recreación para los aficionados á la física.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

Imp. de Montaner y Simón